

ALEXANDRA KOHAN

EL LIBRO
DEL DINERO

ENTRE EL DON
Y LA MATERIALIDAD



PAIDÓS

ALEXANDRA KOHAN

EL LIBRO DEL DINERO

Entre el don y la materialidad

PAIDÓS

ÍNDICE

El innombrable	15
Vil metal	15
Problemas con el dinero	17
El tabú del dinero.....	20
Alta suciedad.....	23
La novela familiar del dinero.....	25
Fundar fundir	27
Discreción materna.....	31
Argentum	33
La materialidad del dinero.....	38
Formas de contar dinero.....	42
El ruido del dinero.....	43
Los efectos de la inflación.....	45
La amargura de la plata dulce.....	51
La lengua del capital.....	55
La especulación como forma.....	58
Ser alguien, tener un ser	65
El dinero como dios.....	76
El dinero como demonio	77
Lavarse las manos	80
Plusvalía materna	81
División del trabajo.....	83
Preguntas que enseñan.....	84

¿Quién quiere ser millonario?	84
El fetichismo del cambio	90
Eso que llaman honor es trabajo no pago	92
Saber venderse	105
El mercado del saber	111
Mostrador	113
El estilo no es una mercancía	114
La intimidad no es una mercancía	117
Dinero o pensamiento	122
Dinero y pensamiento	122
Infancia y dinero	122
Dos infancias indiferentes al dinero	129
Amasijos	130
Muerte y dinero	131
Ensayar el don	132
La primera posesión	142
El don como lo imposible	144
Aporías	148
Dar lo que no se tiene	150
Dar lo que se tiene	152
Dar es dar	154
La reciprocidad es imposible	154
La no reciprocidad del análisis	159
Regalos	166
Un regalo de mierda	167
Formas de regalar	171
Consumos problemáticos	177
El Zahir	186

Banco de poesía	186
Dinero y poesía.....	187
Tarjeta de crédito.....	188
Forma y contenido.....	190
Beneficios de la ingratitud	193
Beneficios de la gratitud	196
Siglo XX	198
El hastío del dinero	200
La forma del procedimiento.....	203
Freud económico	205
Actos fallidos	206
Transferencias.....	206
Cabeza fresca.....	207
El tabú de los honorarios.....	210
Dedicatoria.....	213
Malditos honorarios	213
Faltar	219
Pagar.....	221
Un analista también paga	224
Cartas en el asunto	225
Sólo se trata de dinero	228
Billetes limpios conciencia sucia	228
Perderlo todo.....	229
La deuda impagable	237
Zappa	240
El goce de pagar	241
Herencias	241
Sucesiones.....	242

El materialismo de Eros	243
Contra el ahorro	245
Elogio del derroche	248
¿Cuánto valgo?.....	250
Psicoanálisis: una práctica sin valor.....	251
Tiempo y dinero	254
 Notas.....	 259
Agradecimientos	279

El innombrable

No hay manera de nombrar el dinero sin equivocarse.

ALAN PAULS

El dinero tiene múltiples apodos, eufemismos y gestos; casi tantos como los órganos sexuales. El dinero: velado y señalado a la vez. Sustraído y presentificado. En la dificultad para nombrarlo, se hace aún más presente. Escatimar su nombre no hace sino hacerlo sonar. Lo sustraído insiste. Una especie de paroxismo del desvío, de lo implícito y, por eso mismo, más evidente. Represión y retorno de lo reprimido cifrados en los eufemismos.

Viva, vivaldi, biyuya; guita, pasta, morlaco; plata, lana, parné; mosca, tarasca, tela; vento, filo, teca; mango, lucas, rúcula; morlaco, menega, tovén; sope, lechuga, vil metal, etc. El dinero, los agujeros, el cuerpo: meter el dedo en el bolsillo, meter el dedo en el culo, algún culo sangrará, meter la mano en la lata, tener un cocodrilo en el bolsillo, que algo cueste un ojo de la cara.

Vil metal

*Te nombro y me desvelo
por vos, plata, plata.*

VIUDA E HIJAS DE ROQUE ENROLL

Doy vueltas, más de las habituales. Estoy fastidiada. No consigo quedarme escribiendo mucho tiempo. Pienso en el asunto y rápidamente me disperso. No quiero. ¿Por qué propuse este tema? ¿Cómo se me ocurrió esto? ¿Le digo a la editora que finalmente no quiero escribir este libro? ¿Propongo ese otro asunto que tanto entusiasmo me da? Tengo, como siempre, un montón de anotaciones, citas, fichajes de libros, pilas de libros, ideas, epígrafes –¡muchos epígrafes!–, pero algo me molesta. Busco la forma del libro, ninguna me convence. Busco el título: nada. Busco el comienzo, no me gusta ninguno. Es que este temita del dinero es antipático, espinoso, incómodo, un poco repugnante. Árido, rasposo, áspero, molesto, trabado, trabajoso, horrible. Y entonces advierto que una cosa va con la otra. Que el objeto del que pretendo ocuparme es eso mismo. Pero, poco a poco, también advierto que no voy a escribir sólo sobre el dinero porque, precisamente, el dinero nunca es solamente dinero. Y entonces, un día, a partir de algo nimio –“las cosas tienen un momento en el que se hacen repentinamente distintas”, subrayo en una novela de Erri de Luca¹ me llega el entusiasmo por sorpresa, como cuando encontramos plata olvidada en algún bolsillo.

Problemas con el dinero

El dinero no se puede disimular.

CARMEN CÁCERES

Dice Roland Barthes que de niño no conoció la miseria, pero sí los llamados apuros económicos, “el terror de los fines de mes, el problema de las vacaciones, de los zapatos, de los libros escolares y aun de la comida. De estas privaciones *soportables* (...) surgió tal vez una pequeña filosofía de la compensación libre, de la sobredeterminación de los placeres, de la comodidad (que es precisamente el antónimo del apuro). El problema que lo formó fue sin duda el del dinero y no el del sexo”.¹ Subrayo “el problema”. El dinero siempre es un problema. Si no cuando falta, cuando sobra. Por supuesto que no es el mismo problema cuando falta que cuando sobra. Pero me refiero a que el hecho de que sobre, también implica uno. Este libro habla de todo ese mundo que se abre alrededor del dinero, de la economía libidinal, del *tener* dinero. Este libro no es sobre el problema de no tener dinero, sino sobre el de tenerlo; de problemas no *de* dinero, sino *con* el dinero. Porque, como dice Freud, “el interés por el dinero no es racional, sino libidinal”.²

Hay una transmisión familiar de las formas de relación con el dinero. Y esas relaciones son, sin dudas, parte de la formación. Cada uno de nosotros podría

rápida­mente recuperar los discursos, dichos, usos y costumbres, las narrativas familiares alrededor del dinero. Y también pesquisar las muchas cosas amon­tonadas en los modos de circulación del dinero en una familia. El dinero: un problema.

La relación con el dinero nunca es limpia, ni directa. Está contaminada de neurosis, de nuestros fantasmas, de nuestros síntomas e inhibiciones. Miserable o generoso, agarrado o desprendido, despilfarrador o retentivo, impedido o arriesgado: las formas *de dar* y *de tener*, y también de cobrar y de pagar; de regalar, de reclamar y de no reclamar se comportan de manera más o menos similar, se trate de dinero, de afecto, de amor, de odio (“existen tantas formas de amar como formas de pagar”, dice Martín Kohan). El dinero, cuando se tiene, nunca es sólo dinero. Arrastra consigo la turbulencia de los afectos, las pasiones, los resentimientos, los reproches, los reclamos, las demandas, el poder, el contrapoder. Es un río revuelto en el que, muchas veces, tampoco ganan los pescadores.

A veces me pregunto qué es lo que me lleva a escribir acerca de asuntos tan enormes, tan inasibles, tan imposibles de acotar. El primero fue el amor. Después, el cuerpo. Tras él, el humor. Ahora el dinero. Y a pesar de que no tengo una respuesta definitiva y última –tampoco una precaria y primera–, pienso que lo que me entusiasma es el intento de enterarme de qué pienso yo de estos temas. Porque la mayor parte de las

veces uno cree que sabe lo que piensa, lo cree hasta que se pone a hablar o a escribir. El análisis es un lugar en el que uno se entera de lo que piensa; la escritura, para mí, es otro. Y muchas veces, en mi caso, las dos escenas a la vez: en análisis desentraño algo de la escritura, o en la escritura desentraño algo de mi análisis. Escribir para encontrar lo que no se busca, como en el análisis. “Cuando escribo encuentro algo. Es un hecho, al menos para mí. Eso no quiere decir que si no escribiera no encontraría nada. Pero en fin, quizá no me daría cuenta.”³ Tengo la ilusión de que agarro estas piedras muy calientes y escribo para no quemarme, para apaciguar el ardor, la molestia de lo que quema.

Y vaya si el dinero es un asunto que quema. “Un quemo” se decía hace mucho, para decir que algo era embarazoso. Hablar de dinero suele ser un quemo, sí. Estoy interesada en este tópico porque es un asunto vivo, que siempre se puede seguir escrutando, que mantiene su dimensión de enigma y, por supuesto, de tabú. Pero además me interesa en este momento porque es muy evidente que el dinero está hoy en día en un plano muy distinto al de otros tiempos, casi en un primer plano constante. Estoy tratando de pensarlo, todo es demasiado vertiginoso y súbito. El dinero es muchas cosas, pero nunca es un asunto fresco o aireado. No es fácil salir airoso cuando hay que hablar de dinero.

El tabú del dinero

Sigmund Freud refiere que, a pesar de los avances sociales y técnicos de nuestra historia, los tabúes han sido poco afectados. Dice que todavía hay tabúes entre nosotros. El tabú constituye un “horror sagrado” y sus prohibiciones o restricciones no provienen de la esfera de la religión o de la moral, sino que prohíben desde ellas mismas. A su vez, dice, las prohibiciones carecen de fundamentación, son de orden desconocido. Freud cita a Wundt: “El tabú es el más antiguo de los códigos no escritos de la Humanidad, y la opinión general lo juzga anterior a los dioses y a toda religión”.¹ Por eso mismo un tabú, muchas veces, puede estar en el lugar de Dios. Es lo que sucede con el dinero. La palabra *tabú* significa, en su origen polinesio, cuestiones contrapuestas: sagrado y santificado, por una parte; ominoso, peligroso, prohibido, impuro, por otra. En lengua polinesia, lo opuesto al tabú es la palabra *noa*, que significa lo acostumbrado y lo asequible a todos. Pienso que incluso lo acostumbrado y asequible a todos puede conformar un tabú. Por ejemplo en la muerte, en el sexo o, por caso, en el dinero. Son cuestiones aparentemente acostumbradas a las que, sin embargo, nunca nos terminamos de acostumbrar. O, en rigor, la costumbre las hace pasar por cercanas, transparentes, accesibles, haciéndonos olvidar un rato lo que tienen de tabú. Y eso no tiene que ver

con que seamos más o menos abiertos, más o menos desenvueltos. *Algo* en esos asuntitos los hace opacos *per se*, inaccesibles en sí mismos, casi irrepresentables e inquietantes.

Siguiendo a Wundt, Freud destaca ciertos objetos que se hallan sometidos a una sola regla: la de ser tabú todo aquello que por cualquier razón inspira temor o inquietud. Lo próximo es, muchas veces, lo que parece más ajeno; es desde las entrañas de lo próximo que surge lo siniestro, lo peligroso. Que algo permanezca en el terreno del tabú no depende solamente de si de ese algo se habla o no se habla. Se puede hablar de todo y, sin embargo, hay algo que continúa siendo imposible decir, algo que permanece inaccesible a la palabra y al nombre. Resulta con el lenguaje: no todo puede ser dicho y no porque esté prohibido, sino porque es imposible decirlo todo. Hay un punto ciego que no puede nombrarse y que constituye *eso* que nos empuja a decir. Y es que el deseo, pero también la pulsión, están metiendo la cola. El dinero tiene todo eso junto: es un tabú y, a la vez, *noa*. Está presente todo el tiempo en nuestra vida cotidiana. Y a la vez, en algunas escenas, tiende a sustraerse, a eludirse, a esconderse detrás de eufemismos que no hacen sino hacerlo brillar por su ausencia.

Pocas cosas quedan en nuestro día a día que no estén atravesadas por el dinero. La ubicuidad es uno de sus rasgos fundamentales. Sin embargo, ese exceso

de presencia termina por momentos, paradójicamente, invisibilizándolo. Como ese verso que canta El Mató a un Policía Motorizado en “Medalla de oro”: “Hay una luz que arrasa con todo”. “El dinero es visible e invisible a la vez”, dice Anne Carson, y cita a Marx cuando refiere que el dinero es “una abstracción real”.² Carson también sitúa algo que ilumina eso que de tabú persiste en el dinero: “Nadie que utilice dinero se percató con facilidad de su propia práctica. *Pedir al ojo que vea sus propias pestañas*, según señala el proverbio chino”.³ Hay algo en la relación que mantenemos con el dinero que lo hace inaccesible a la evidencia, a la transparencia. El dinero siempre está tensado, tironeado, enrulado, entre la presencia obscena y la represión eufemística, entre el escamoteo represivo y la mostración pornográfica, entre la represión y el retorno de lo reprimido, entre la incomodidad y el cinismo, entre la inquietud y la canallada, entre el desprecio y el moralismo antidinero, entre el don y la materialidad más concreta. El dinero nunca es una sola cosa: es nada y a la vez lo es todo; porque es nada en sí mismo, es que lo puede significar todo. Roland Barthes también se detiene en los dos sentidos contrarios del dinero. Lo coloca bajo la figura del enantiosema –una palabra que contiene dos sentidos opuestos–. Y dice que, por eso mismo, el dinero se convierte metafóricamente en oro, “el Oro del significante”.⁴

Alguien me dijo hace poco: “La gente habla públicamente de cuándo y cómo coje, pero no habla de dinero”. De todas maneras, hablar de cuándo y cómo se coje, pienso ahora, no necesariamente significa que la sexualidad haya dejado de ser tabú (ya sabemos por Foucault que estar obligados a decir también implica una represión). La gran cantidad de eufemismos que existen en todas las lenguas para nombrar el dinero da cuenta del punto de dificultad para nombrarlo, porque se ha constituido un tabú, por lo que el dinero implica también en las relaciones sociales. Y también porque, en asuntos de dinero, como dice Freud, “coparticipan poderosos factores sexuales”.⁵

Alta suciedad

El dinero es sucio, no sólo en su más concreta materialidad –pasa de mano en mano– sino también en su dimensión simbólica. Como si dijéramos “todo dinero es dinero sucio”. Incluso si se lo ha adquirido de manera digna, legal y honrada, en algún momento adquiere, o se evidencia, su suciedad. Ineluctablemente, en algún momento, pasa a estar en el lugar de *otra cosa* y puede, por eso mismo, percibirse sucio. “El dinero habla porque es una metáfora”, escribe Franco “Bifo” Berardi citando a Marshal McLuhan.¹ Si el dinero malhabido tiene que ser lavado, no es menos cierto

que el bien habido también. Porque arrastra consigo algo más que microbios. A la suciedad del papel, o del metal, se la combate con agua y jabón. Es la suciedad propia de la materia viva. Pero la suciedad que insiste, esa que nos obliga a frotar la piel enloquecidamente, casi como un asesino queriendo borrar los rastros de la sangre de la víctima, esa suciedad no es propia del dinero, sino de lo que el dinero representa, simboliza, metaforiza en cada situación particular. Porque no se trata del dinero, o de su valor inmanente, sino de la función que cumple, del lugar que ocupa, de la chorrera de sentidos que escupe. El dinero como síntoma, como parte del cuerpo, enredado con la pulsión, como parte del ser: habla, está vivo. Si también se le dice mosca, es porque zumba, molesta, irrita, y es, a veces, imposible de despejar a la vez que de atrapar. Mosca: también por su contigüidad con la mierda. Se dice que alguien se lava las manos cuando pretende desentenderse de algo que le concierne, algo en lo que está implicado. En asuntos de dinero, quizás no haya que lavarse las manos tan rápidamente, quizás se trate, mejor, de meter las manos en la mierda antes de pretender que *eso* no nos ensucia.